

El lenguaje del enamoramiento en Pardo Bazán

Discurso de ingreso de Arturo Fontaine como nuevo miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua, leído el 7 de agosto de 2017

Señor D. Alfredo Matus, director de la Academia Chilena de la Lengua; señores miembros de la mesa directiva; señor D. Abraham Santibáñez, secretario general del Instituto de Chile; Excmo. Señor D. Carlos Robles Fraga, embajador de España; distinguidas académicas y académicos, autoridades, amigas y amigos:

Les agradezco mucho, señoras y señores académicos, este honor, y a mis amigas y amigos presentes, su afecto.

Agradezco de modo especial a Carlos Franz, que propuso mi nombre.

Me incorporo con ánimo y alegría a la Comisión de Literatura. El último en hacerlo fue el escritor Antonio Skármeta, cuyas historias saben viajar de la novela al teatro y del teatro al cine y a la ópera. Tienen ese admirable don, ese poder de transformarse. Bueno, entre otros escritores, está ahí Jorge Edwards... Así es que espero aprender mucho en la Comisión del Literatura.

Me toca la silla número 7.

Cito:

«La lluvia es un ayer que no puede esquivarse,

Y al ceñirme la piel me desnuda las manos».

Esos dos versos bastan. El trabajo de la vida de un poeta, de una poeta, en este caso, se justifica con solo dos líneas, si son como estas. Mi antecesora en la silla número 7, doña Rosa Cruchaga, con ese puro poema, «Lluvia», de solo dos versos, merece estar en cualquier antología de la poesía de la lengua.

Permítanme leerlo de nuevo:

«La lluvia es un ayer que no puede esquivarse,
Y al ceñirme la piel me desnuda las manos».

Les he dicho que eso basta, pero, claro, hay más.

Según cuenta en su discurso de incorporación a esta Academia, ese misterioso “sobremundo” —lo llama así— que es su poesía, «es como una antesala de la experiencia mística a la que no llegué en esta vida».

En el mismo discurso habla de un señor al que describe como «alto y callado. Tenía perfil de navaja»...

Es Alone, el crítico, quien ocupó antes la silla número 7. Vamos todos aquí por la huella de Alone. Sus interpretaciones, por ejemplo, de *En busca del tiempo perdido* y de *Cien años de soledad*, son de las más perceptivas que yo haya leído jamás. Sobre ambas novelas he publicado comentarios a partir de sus comentarios.

Del maestro Alone paso a la maestría de doña Emilia.

Según «Clarín», *Insolación* es «la menos digna de encomio» de las novelas de Pardo Bazán. *Insolación* es «un episodio realista, no artístico; un episodio de amor vulgar, prosaico, de amor carnal no disfrazado de poesía sino de galanteo pecaminoso y ordinario; es la pintura de la sensualidad más pedestre. En *Insolación* no hay nada de arte. Asís (la protagonista) no es nadie».

Les quiero hablar de esta *Insolación* sin nada de arte y de esta doña nadie, Asís, nacida en Vigo y viuda del Marqués de Andrade.

Les hablo de una novela que quiero. La leí cuando era estudiante en la Universidad de Columbia y me preparaba para ser escritor. Me sorprendió entonces, y la he vuelto a leer varias veces, y, a diferencia de don Leopoldo Alas, «Clarín», me ha vuelto a gustar y a *requetegustar*. No hablo de antiguallas. La escritura de Pardo Bazán es un animal que está vivo y coleando.

¿Por qué? Porque tiene chispa, tiene gracia. Y la gracia no se puede explicar, pero quizá se pueda mostrar.

Insolación apareció en marzo de 1889. Algo de un mes antes, doña Emilia, novelista de fama, le escribe una carta al todavía más famoso don Benito Pérez Galdós. Él, de cuarenta y cuatro años, ya había publicado, según los cánones habituales, su obra maestra, *Fortunata y Jacinta*. Y ella, de treinta y seis, la suya, *Los Pazos de Ulloa*. Los amores clandestinos de Doña Emilia y don Benito comenzaron a fines de 1887. Llevaba por entonces doña Emilia cuatro años separada de su marido, separación amistosa, cosa rara incluso hoy.

La carta de doña Emilia a don Benito decía así:

«Apelas a mi sinceridad: debí manifestarla antes, pues ahora ya no merece este nombre: sea como quiera, ahora obedeceré a mi instinto procediendo con sinceridad absoluta. Mi infidelidad material no data de Oporto sino de Barcelona, en los últimos

días del mes de mayo —tres después de tu marcha—. Perdona mi brutal franqueza. La hace más brutal el llegar tarde y no tener color de lealtad. Nada diré para excusarme, y solo a título de explicación te diré que no me resolví a perder tu cariño confesando un error momentáneo de los sentidos fruto de circunstancias imprevistas».

Este amor secreto y aquí confesado, paralelo al amor secreto con Benito Pérez Galdós, ha durado unos seis meses a lo menos.

A la Feria de Barcelona han llegado en el mismo tren, aunque en carros separados, y han tenido actividades múltiples. Pese a que don Benito era soltero y ella, como sabemos, separada, las costumbres de la época obligan a guardar las apariencias. En Barcelona a ella la acompaña un amigo, el escritor Narcís Oller. En una exposición de pinturas se encuentran con Lázaro Galdiano, joven, culto y guapo. Oller los presenta y Galdiano se ofrece para hacerle compañía a la señora, lo que el escritor agradece, pues está lleno de compromisos debido a tantas visitas que han llegado a la Feria. A partir de entonces, escribirá Oller en sus memorias: «Nunca encontrábamos a mi amiga en el hotel; los amigos que yo le había hecho conocer y que iban a menudo a visitarla, tampoco. Siempre había salido con el señor Lázaro, y los de casa y yo no vimos a nuestra amiga hasta que ella tuvo la cortesía de ir a despedirse». Doña Emilia se fue quedando y, al fin, estuvo casi un mes en Barcelona.

No era guapa y, sin embargo, conquistó a tipos atractivos e interesantes. Este Lázaro Galdiano, sin ir más lejos, fundará el Banco Hispanoamericano, llegará a ser uno de los más importantes empresarios de España y mecenas de las artes. Según Unamuno «terminó siendo uno de los grandes benefactores de la intelectualidad en España. Fue un hombre de mundo, leal y franco, bueno, cariñoso, desprendido».

Durante el verano, desde La Coruña ella viaja a Oporto a encontrarse con su nuevo amante. Luego se instala en su casa de Madrid y Lázaro se traslada a vivir a la calle Serrano, cerquita de ella. Funda una revista, *La España Moderna*, y doña Emilia escribe a sus amigos, incluido Galdós, para que publiquen en ella.

¿Se habrá enterado Lázaro de la relación que, a la vez, mantenía doña Emilia con don Benito?

2

Insolación es una novela breve que narra un solo episodio. El argumento es redondo y todo ocurre en siete días. Pertenece a una familia de novelas entre las que incluyo *Buenos días tristeza* y *Una cierta sonrisa*, de Françoise Sagan; *El amante*, de Marguerite Duras, y *Pasión Simple*, de Annie Ernaux. En fin, *De nuevo el amor*, de Doris Lessing.

Asís va de mañana camino de su misa dominical y cerca de la Cibeles siente que nunca ha visto «aire más ligero ni cielo más claro». Le dan ganas de correr por el pasto como a los quince o de pegarse un chapuzón en esa pileta. «Nada menos que esas tonterías me estaba pidiendo el cuerpo a mí». Ya frente a la iglesia, bajo un corpulento plátano, hay un caballero, que no más verla tira a las plantas un puro enterito —cómo habla este detalle del puro—. Se acerca a saludarla y la voz es simpática y sesea, como buen andaluz.

Diego Pacheco es un joven que le han presentado someramente ayer, en el salón de su amiga, la duquesa de Sahagún y con quien no ha cruzado palabra. Se ha ido temprano y, entonces, la Sahagún ha comentado que «ahí donde lo veíamos, hecho un moro por la indolencia y un inglés por la sosería, no era sino un calaverón de tomo y lomo». Gabriel Pardo, molesto —porque «a todos los hombres les molesta un poquillo que delante de ellos se diga de otros que nos trastornan la cabeza»— murmuró algo.

Pacheco pregunta dónde va ella tan de mañana y sola. Ella le contesta: «Usted, de fijo, no viene a misa». Y él, muy campante: «¿Por qué no he de venir a misa yo?». La situación no tiene nada de particular, salvo que se han quedado con las manos tomadas un momento con «una familiaridad extraña».

Asís buscará después una explicación: «Influía en ambos la transparencia y alegría de la atmósfera». Quien nos está contando es la propia Asís o, más bien, se lo cuenta a ella misma, pues «estoy dialogando con mi alma y nada ha de ocultarse». Entonces se da otra explicación: el andaluz es guapo. Y, cosa muy de doña Emilia, le da al pasar un alfilerazo al machismo: «Señor— dice Asís interpelando al lector—, ¿por qué no han de tener las mujeres derecho para encontrar guapos a los hombres que lo sean, y por qué ha de mirarse mal que lo manifiesten?». Pero no le da a esto ninguna importancia, «pues yo no me pago solamente del exterior».

La primera explicación, la de la atmósfera, hace eco de lo que ha dicho en el salón de la Sahagún don Gabriel Pardo, gallego, como Asís, y que está medio enamorado de ella. Pardo ha dicho que España «es un país tan salvaje como África central», que «todas esas músicas de ferrocarriles, telégrafos, fábricas, escuelas, ateneos, libertad política y periódicos son en nosotros postizas y como pegadas con goma, por lo cual están siempre despegándose, mientras lo verdaderamente nacional y genuino, es la barbarie». Y se largó a criticar los toros. La culpa la tiene el sol, el clima, el instinto de la raza que «vive allá en el fondo del alma», afirma Pardo. Es decir, medioambiente y genes.

Asís le discute. «¿Y las señoras? —le objeta con picardía coqueta— somos salvajes también? ¿Acaso más que los hombres?», exagera Pardo. Todo es cuestión de ocasión y lugar.

Arremete contra la romería de San Isidro, que es al día siguiente: «un aquelarre con borracheras, peticiones, navajazos, gula, libertinaje grosero». La duquesa salió en defensa de la procesión. Y, empujado por ella, sale Pacheco, a defender su Andalucía en el mismo son mundano: «tenemos allá de *too*: poetas, pintores, escritores.

Cabalmente en Andalucía la gente pobre es *mu fina y mu despabila*». Y en cuanto a las señoras, «son unos ángeles del cielo». Era de Cádiz y hablaba «con acento cerrado y frase perezosa».

¿De dónde sacó doña Emilia este personaje andaluz? ¿Lo inventaría? Nadie lo sabe. Pero quizás porque me gusta imaginar a Lázaro como hombre de oído fino y buen imitador divirtiendo a doña Emilia en sus arrebatos de pasión y humor, con acento y ademanes de andaluz.

Pardo no cede y se lanza contra esa epidemia de «patriotismo y flamenquería, guitarreo y jande jondo». Remata: «Asís, a pesar de haber nacido en el noroeste, donde las mujeres son reposadas, sería capaz al darle un rayo de sol en la mollera, de las mismas atrocidades que cualquiera hija de Triana o de Lavapiés».

Estamos en tiempos de la Restauración y Pardo, que es más cosmopolita, se irrita con esta «epidemia» que busca reafirmar las raíces de lo propio español. La situación no es distinta a la que vemos en las novelas de Dostoievski y Tolstói, la tensión entre rusos europeizantes y eslavófilos. De alguna manera, es una tensión que se renueva en nuestros días entre globalización y etnonacionalismo, entre apertura a la inmigración e identidad nacional.

Dos años antes doña Emilia ha dado en el Ateneo unas conferencias muy concurridas sobre la novela rusa. Siente que Tolstói hace pasar ante nosotros el flujo de la vida. A su juicio, con él culmina el naturalismo francés.

Y déjenme decirles que hay en *Los Pazos de Ulloa* escenas de cacería tan buenas como las de Tolstói. La caza de la liebre, por ejemplo, es inolvidable.

Sin embargo, estas conferencias rusas no tienen el mismo interés que su polémico libro sobre realismo y naturalismo, *La cuestión palpitante*, publicado unos años antes. El tema se había discutido recién en el Ateneo. A poco de comenzar explica ella que

no puede saber qué se ventiló allí, pues, con su punzante ironía, dice: «La costumbre —con otra causa más poderosa no atino ahora, tal vez por la premura del tiempo con que escribo— veda a las damas la asistencia de aquel centro intelectual». Doña Emilia, se sabe, es una decidida campeona de la emancipación de la mujer.

Escribe artículos y, cosa más ardua, mete en la trama de sus novelas abusos y espantos difíciles de tratar de manera literariamente eficaz, lo que logra. Pienso, por ejemplo, en los miserables golpes que en *Viaje de Novios* recibe Lucía de su marido, y en *Los Pazos de Ulloa*, Sabel y Nucha de Moscoso, del marqués, su marido.

La cuestión palpitante es una suerte de conversación y discusión de la autora con Zola, con su libro *Les romanciers naturalistes*. Como bien advirtió el propio Zola, que la leyó en francés, adopta ella el método del naturalismo, pero no su filosofía.

Pardo Bazán no distingue mucho entre realismo y naturalismo. Y su realismo incluye al *Quijote*, por ejemplo. En la España contemporánea destaca a Galdós.

No acepta el determinismo de Zola porque niega la libertad humana sin la cual no hay responsabilidad moral. Zola hace de sus criaturas mero resultado de su herencia biológica y del ambiente. En los Rougon-Macquart impera una fatalidad no tan distinta a la de los Atridas. El argumento de doña Emilia va en la línea de Kant, aunque tal vez no lo conozca. Pero sí conoce, y bien, como la católica inteligente y formada que es, la defensa del libre albedrío de San Agustín. «Todos sabemos —afirma doña Emilia— que cuando en pleno goce de nuestras facultades nos resolvemos a una acción, aceptamos su responsabilidad. Es más: aun bajo el influjo de las pasiones fuertes, ira, celos, amor, la voluntad puede acudir a nuestro auxilio». En otras palabras, la naturaleza se rige por causas y la persona humana, en tanto y cuanto es libre, por razones. Y agrega ella algo que le da potencia estética a la libertad: «Los artistas aprendieron de la teología aquella sutil y honda distinción entre el sentir y el consentir que da asunto a tanto conflicto inmortalizado por el arte».

De alguna manera, en *Insolación*, una novela ligera, Pardo es determinista. ¿Y Asís?

3

Pacheco, frente a la iglesia, explora, como quien no quiere la cosa, si irá ella a los toros, a las carreras, y al ver que no, le propone ir juntos a la romería de San Isidro, que había criticado Pardo. Ella se larga a reír, tanto de la absurda suposición de Pacheco —cómo va a ir ella así, de repente, a esa procesión con un tipo casi desconocido— como «de su acento andaluz que era cerrado y sandunguero». Él la deja reír y, ahora serio, «porfía sin impertinencia». Se trata de una excursión tan divertida y regresarán a las doce o una de la tarde. Ella se acuerda de lo que ha ponderado en la fiesta la duquesa. El día parece tan apropiado. Además, a esas horas y en ese lugar, no se encontrarían con nadie conocido. Sonriendo y sin decir que sí, se encontró discutiendo si era mejor ir en tranvía o en su berlina.

Llegó a su casa sofocada, subió a escape y «me arrojé al tocador». Se cambió de ropa, se puso botas y un sombrero negro, de paja. Habían llegado flores, regalo de Gabriel Pardo. Tomó una gardenia y un clavel rojo y se los prendió en el pecho. Al poco rato, está sentada en la berlina y Pacheco a su lado.

Todo lo que dice y hace Pacheco se entiende en ánimo de juerga y travesura. Es maromero. Nada hay que tomárselo en serio, nada es lo que parece. Y sin embargo:

«—Veo que se ha prevenido usted contra el calor y el sol... Todo hace falta. Sonreí sin responder, porque me encontraba (y no tiene nada de sorprendente) algo cohibida por la novedad de la situación. No se desalentó el gaditano.

—Lleva usted ahí unas flores preciosas... ¿No sobraba para mí ninguna? ¿Ni siquiera una rosita de a ochavo? ¿Ni un palito de albahaca?

—Vamos —murmuré—, que no es usted poco pedigüeño. Tome usted para que se calle.

Desprendí la gardenia y se la ofrecí. Entonces hizo mil remilgos y zalemas.

—Si yo no pretendía tanto. Con el rabillo me contentaba, o con media hoja que usted le arrancase. Una gardenia para mí solo. No sé cómo lucirla. No se me va a sujetar en el ojal. A ver si usted consigue, con esos deditos.

—Vamos, que usted no pedía tanto, pero quiere que se la prendan, ¿eh? Vuélvase usted un poco, voy a afianzársela.

Introduje el rabo postizo de la flor en el ojal de Pacheco, y tomando de mi corpiño un alfiler, sujeté la gardenia, cuyo olor a pomada me subía al cerebro, mezclado con otro perfume fino, procedente, sin duda, del pelo de mi acompañante. Sentí un calor extraordinario en el rostro, y al levantarlo, mis ojos se tropezaron con los del meridional, que en vez de darme las gracias, me contempló de un modo expresivo e interrogador. En aquel momento casi me arrepentí de la humorada de ir a la feria; pero ya...».

El lector ya adivina qué vendrá. Se pregunta cuándo, cómo, de qué manera.

Al día siguiente de la escapada, tenemos a Asís en cama con un dolor de cabeza atroz y sintiéndose morir. Se recrimina. Y vuelve a verse en la romería: «Aparte del sol que le derrite a uno la sesera y del polvo que se masca, bastan para marear tantos colores vivos y metálicos. Si sigo mirando van a dolerme los ojos. Las naranjas parecen de fuego. En fin, que aquí no hay color que no sea desesperado».

Pacheco es «dicharachero» y «cada pormenor de los tinglados famosos le daba pretexto para un chiste, que muchas veces no era tal sino en virtud del tono y acento con que lo decía». Hay que imaginar ese tono pitancero, sus faramallas y exageraciones que, a veces, como sin querer, van resbalando de lo cómico a lo tierno. Se anima con el ambiente popular: «Se metía con todo el mundo y a todo el mundo

le daba cuerda». Cuando ella siente el mareo de la insolación la lleva a almorzar a un merendero. Convida él su manzanilla y conversa con unas gitanas, un mendigo, unos soldados, la mujer que los atiende. «Se volvía sumamente campechano».

La manzanilla es ordinaria y, «en vez de refrescarme, se me figuró que un rayo de sol, disuelto en polvo, se me introducía en las venas y me salía en chispas por los ojos. Miré a Pacheco muy risueña y él me pagó esa mirada con otra más larga de lo debido». Una gitana le saca la suerte y Asís se siente «más divertida que en un sainete, y dispuesta a entenderme con las chuletas y el Champagne. Comprendía, sí, que mis pupilas destellaban lumbre y en mis mejillas se podía encender un fósforo, experimentaba una animación agradabilísima, con la lengua suelta, los sentidos excitados, el espíritu en volandas y gozoso el corazón». Después de levantarse de la mesa vendrá, claro, la sensación de estar en un bote, de moverse al compás de las olas. Hay que decirlo: puesto en la situación, Pacheco se porta como un caballero.

Pero sido un chasco, una vergüenza. Oímos la voz interior que la castiga: «¡Qué resbalón! Cuando lo pienso... ¡Un hombre que hace veinticuatro horas no había cruzado conmigo media docena de palabras! ¿Le conozco? Lo que sé es que le detesto. Y a sangre fría, Asís. ¿Es ese descarado quien tiene la culpa toda?». Se acuerda de Pardo. Piensa: «Obré como una tonta». Pero se castiga y se perdona: «Ello ocurrió porque sí».

En resolución, «puerta cerrada, esquinazo». Se da un baño. El polvo de la innoble feria ha penetrado a través de las medias y la ropa interior. Es un polvo pegajoso, y ella lava que lava.

4

Ha surgido la voz más distante de una narradora en tercera persona: «No afirmamos que, aun dialogando con su conciencia fuese la marquesa, viuda de Andrade, perfectamente sincera y no omitiera algún detalle que agravara su tanto de culpa en

el terreno de la imprevisión, la ligereza o la coquetería. Todo es posible». La narradora, al poner en duda la credibilidad de lo que cuenta Asís, establece, claro, entre ella y los hechos, cierta distancia irónica, pero lo hace sin dejar de interpelar al lector. La narradora conserva el tono oral, todo parece hablado. Pardo Bazán escribe, pero uno casi no nota la escritura, pues parece ella estar contando algo, en vivo y en directo, a un grupo de amigas. Doña Emilia entronca así con la tradición del relato oral, tan fuerte en Galicia. Su libro es cháchara, copucha y, como tal, trae noticias, novedades, es decir, novela.

Esta narradora en tercera persona se ubica en perspectivas diversas según los personajes. Aunque casi siempre nos enteramos de lo que pasa desde el punto de vista de Asís. Nunca, creo, se nos da la oportunidad de explorar la subjetividad de Pacheco, sus pensamientos y sensaciones. Sí, en cambio, sabemos qué piensa Pardo para sí. Esto le da misterio al andaluz y lo hace atrayente en la medida en que lo vemos o a través de ella, de su fascinación, o desde el desdén, seguramente envidioso, de Pardo.

Instigado por ella, Pacheco confiesa ser «maestro en el arte de hacer desatinos». Su padre quiere que se presente de diputado, pero «no me he tomado nunca trabajos así, enormes, como no fue por alguna mujer guapa». «*Too* eso porque tanto se descuaja la gente, no vale los sudores que cuesta». Lo dice con desparpajo cómico.

Y ella: «¿De modo que no te avergüenzas de ser un hombre inútil, un mequetrefe, un cero a la izquierda?».

Le dirá ella más tarde: «La vanidad te parte». Pero su fanfarronería es tan desembozada que va medio en broma y, más que nada, es intento de seducción. Se pinta como un «zángano de primera» pero, a la vez, como un ser redimible. «Si me descuido acabo por santo. Es según los lados a que me arrimo». No es un don Juan como el de Tirso, sino más bien como el de Zorrilla. Pero el tono es chacotero. Dice Asís, en otra

situación, pero la idea viene al caso: «Todas las cosas pueden decirse según cómo se digan». Y Pacheco, en otro momento: «No sé lo que me digo. Pero digo la verdad».

El paradigma es clásico. El hombre vivido y vividor, aventurero, arrogante, rebelde y peligroso tiene, sin embargo, un punto débil. La mujer indicada lo intuye y su amor lo redimirá. El chúcaro será domado y se convertirá en buen marido y padre de familia. ¿Pero será este el caso?

La narradora en tercera no solo cuestiona la sensatez y veracidad de Asís, sino que nos hace desconfiar de sus propias fuentes: «Si no mienten las crónicas —dice—, aludiendo, claro, a los cuentos, a las copuchas y cahuines que ha recogido». En otra ocasión adoptará un tono impostado y solemne para decir: «La buena fe, que debe servir de norma a los historiadores, así de hechos memorables como de sucesos íntimos, obliga a declarar que la marquesa, viuda de Andrade, se dedicó arduamente —desde las dos de la tarde, hora en que llegó a su casa, hasta cerca de las nueve de la noche— a la faena de preparar su equipaje, resolviendo la marcha para el día siguiente, sin prórroga». Hay ecos cervantinos, pero la narradora comparte el espíritu lúdico de Pacheco.

Asís se increpa: «No darle vueltas: aquí no hay nada superior, ni siquiera bueno. Hay un truhán, un vago. Estos andaluces nacen actores. Juicio, Asís, juicio. Para estas tercianas, hija mía, píldoras de camino de hierro y extracto de Vigo, mañana y tarde, durante cuatro meses».

Retrocedo:

«No se sentó, pero adelantó despacio, como receloso; parecía por su continente, algún hombre poco avizado a sociedad: pero este aspecto, que Asís atribuyó a hipocresía

refinada, contrastaba de un modo encantador con la soltura de su cuerpo y modales. Viéndole tan contrito, Asís se rehizo y cobró ánimos.

—Gran ocasión de leerle la cartilla al señorito éste: con que muy manso y fingiéndose arrepentido, ¿eh?».

Pero al poco rato él, con su pachorra, le está diciendo en tono juguetón: «¡Y qué bonita estabas, gitana *salá!*».

Ella le reprocha: «Lo que es por palabrería no queda».

Y, entonces, más adelante, se dirá Asís: «¡Qué mareo ni qué! Mareo, alcohol, insolación. Pretextos, tonterías! Lo que me pasa es que me gusta, que me va gustando cada día un poco más, que me trastorna con su palabrería».

¿De qué se está enamorando Asís? De su palabrería, y, entonces, del lenguaje. Es su poder de encantar, es el lenguaje como animación, juego, embeleco, como entrenamiento y gesto, el lenguaje, en fin, como actitud. Es el lenguaje lo que enamora a Asís.

5

Esto podría acabar aquí. Pero como epílogo, agrego que Galdós la perdonó y quedaron de encontrarse y ella llegó a la cita y él no. La relación se rompe. Sin embargo, se siguen carteando, primero, en plan de mera amistad. Después vendrá el reencuentro y la reconciliación.

Fisgoneando en sus cartas veo que ella alude varias veces a «mi arrastrado éxtasis de Barcelona». Pese a que ama a Galdós, y pide perdón, no parece demasiado arrepentida. A los pocos renglones saca sus garras: «Pero ahí tienes tú lo que sois los hombres. Os parece más ridícula que ninguna la situación de José, y queréis que

nosotras seamos estatuas insensibles a las influencias del medioambiente, la noche y la ocasión». El argumento recuerda a Asís culpando al sol y a la manzanilla, recuerda a Pardo, recuerda el determinismo de Zola. Y, de nuevo, olvidando a San Agustín: «No me acuses de mala cristiana a causa de la ofensa a la fiesta del Corpus» (San Isidro, en la novela). «Vaya una fiesta para convidar a devoción. A la alegría profana es a lo que convida. Con un clima meridional, un cielo de terciopelo azul, un mar digno de Nápoles, y una lluvia de flores de embriagador aroma que caen de todos los balcones e inundan el suelo».

Le dice: «Y si me querías tanto, miquito, ¿por qué no me lo hiciste entender? ¿Por qué a veces parecías, si no cansado, al menos un poco demasadamente tranquilo?».

Galdós no se demoró en novelar el asunto. *La incógnita* aparece solo siete meses después. «Me he reconocido en esa señora», dice doña Emilia, «más amada por infiel y por trapacera. No me doy cuenta de cómo he llegado a esto. Se ha hecho ello solo; se ha arreglado como se arregla la realidad, por sí y ante sí». Y, sin más, le dice a Galdós: «Espero que se repitan (entre nosotros) aquellas escenas deliciosas. No hemos hecho más que arrimar la manzana a los dientes». Así es doña Emilia. Dice: «¡Bah! Nuestros clásicos no se ofendían de llamar al pan, pan y al vino, vino. No está el toque en ponerse guantes».

En *La incógnita* narra Manolo, un enamorado no correspondido por Augusta, señora casada e infiel. Manolo habla de esos «dientes blancos, duros, igualitos, de los cuales te dejarías morder»; de «aquella risa, que inunda de alegría el mundo», y de «unos ojos negros que te marean si fijamente te miran».

¿Doña Emilia?

En otro pasaje, Manolo alude a sus «impertinentes investigaciones. Perdóname, el verdadero móvil era conocer tu pasión. Nada enciende nuestra curiosidad como el secreto, el *quid* ilícito de la persona que amamos, eso que en nuestro egoísmo

llamamos infidelidad. Yo buscaba en ti a la infiel, y por infiel te tengo, y por infiel te quiero más».

¿El estado de ánimo de don Benito?

Volviendo a su aventura con Lázaro, doña Emilia dice que «fue el espectáculo de una pasión muy grande. Esto actuó sobre mí como sobre el hierro el imán». En otra carta es casi desafiante: «El quererme a mí tiene todos los inconvenientes y las emociones de casarse con un marino o un militar en tiempos de guerra. Siempre doy sustos». Se sabe atractiva doña Emilia: «Yo valgo muy poco estéticamente considerada, pero he mareado siempre a los que se me acercaron. Creo que esta fascinación mía se debe a mi condición moral reverberante y no iniciadora». La magia es esa «condición reverberante».

Mucho, quizá demasiado de eso hay en Asís. Aunque llegado el momento... Asís se enamora de la palabrería, de la sandunga, de ese «no sé qué me digo, pero digo la verdad», en suma, de la gracia del lenguaje. En escritores de la grandeza de Pardo Bazán, la lengua no es solo espejo sino que en ella la vida humana reverbera, palpita y toma forma volviéndose acción.

Termino confesando. Si me preguntan ¿dónde está el castellano?, contesto: en Cervantes y ¡en Pardo Bazán!